

ALAN H LAD

LA LUZ DE LA ESPERANZA

Traducción de Juan José Estrella



Capítulo 1

YPRES, BÉLGICA
20 DE ABRIL DE 1915

La víspera del crimen de guerra, Max Benesch se encontraba agazapado en una de las trincheras del frente occidental. El bombardeo había cesado y en el campo de batalla reinaba la calma, salvo por el repiqueteo esporádico de alguna ametralladora. Se acercó a un grupo reducido de soldados alemanes, camaradas suyos, congregados en torno a un recipiente de hierro que recordaba a una lechera oxidada. Por turnos, con unas latas, recogían la sopa de patata aguada en la que flotaba algún tendón de buey picado.

Max, un hombre alto y delgado, de ojos y pelo castaños, se metió en la boca una cucharada de aquella sopa insípida y fría. Miró a Jakob, un soldado de rostro aniñado y aspecto cansado.

—La guerra terminará pronto, y volverás a devorar *sauerbraten* y *spätzle*.

Jakob, con los ojos oscurecidos por la fatiga, sonrió y se tomó otra cucharada de sopa.

La trinchera, una zanja de tres metros de profundidad y dos de anchura, se extendía a lo largo de veinte kilómetros en la zona flamenca de Bélgica y formaba un frente semicircular. El Ejército Imperial Alemán dominaba y rodeaba parcialmente a los Aliados: las tropas francesas, británicas, canadienses y belgas. Pero el traslado de soldados al frente oriental para proseguir el combate contra los rusos había supuesto una reducción de las tropas alemanas. Los dos bandos se encontraban encallados en las trincheras. Los separaban doscientos metros de tierra de nadie, un campo árido asolado por las bombas, surcado por alambradas y barro. Y a pesar de los bombardeos de la artillería, de los ataques

terrestres y la creciente cifra de muertos, el campo de batalla de Ypres seguía estando en tablas.

Max, un soldado judío alemán de veinticuatro años, había llegado al frente seis meses atrás. Antes de alistarse al ejército, había cursado estudios en el conservatorio de música de Leipzig. Pianista y aspirante a compositor, soñaba con poder actuar algún día en el Musikverein de Viena. Pero su ambición quedó en suspenso cuando en Europa estalló la guerra. Para él y muchos otros judíos, servir a Alemania era algo que alentaba su esperanza de que, por primera vez, su país los tratara en pie de igualdad con los alemanes no judíos. Aun así, a Max le desanimó saber que los judíos no podían ascender ilimitadamente de rango y que solo podían llegar a ser oficiales en la reserva, no en el ejército regular. Sin tener en cuenta su formación ni su rendimiento durante la instrucción, le asignaron la posición de *soldat*, soldado raso, el rango más bajo de los reclutas del ejército, y lo destinaron al frente.

Las semanas iniciales en las trincheras le resultaron prácticamente insoportables. Las condiciones eran espantosas, el barro y las ratas lo ocupaban todo y contribuían a la expansión de la gripe, el tifus y el pie de trinchera. Los cañones de la artillería no dejaban de disparar. La tierra temblaba. La metralla silbaba en el aire. Ya había visto morir a hombres en combate, y algunos de ellos eran amigos suyos. La sensación de temor, la conciencia de que en cualquier momento podía morir o quedar mutilado, le perseguía como una sombra. Bajo una lluvia de proyectiles, lo que determinaba quién vivía y quién moría no era el valor ni la destreza, sino la suerte.

Las semanas se habían convertido en meses, y con el tiempo Max había aprendido a aceptar que era poco lo que podía hacer para controlar su destino. «Mantén bien agachada la cabeza», se decía a sí mismo mientras se arrastraba por el suelo bajo las ráfagas de las ametralladoras. Esperaba poder resistir otros seis meses. Cuando cumpliera un año de servicio en el frente, lo recompensarían con un permiso de dos semanas, podría volver a casa y reencontrarse con su prometida, Wilhelmina. Ansiaba verla y le escribía cartas muy a menudo, pero su enraizada voluntad de

supervivencia no se asentaba solo en el deseo de reencontrarse con ella: se nutría de la muerte de sus padres, Franz y Katarina.

Los padres de Max habían perdido la vida en el naufragio del *Baron Gautsch*, un buque de pasajeros que se había hundido en el mar Adriático al inicio de la contienda tras impactar contra un campo de minas tendido por la Marina austrohúngara. Entre pasajeros y tripulación, la cifra de fallecidos ascendió a ciento veintisiete, y los cadáveres de sus padres no pudieron recuperarse. Él rezaba por que no hubieran sufrido. Desconsolado, muchos días sacaba una fotografía en la que aparecía él junto a sus padres durante un concierto de piano en Leipzig y la contemplaba largo rato. La llevaba guardada en su billetera de piel de *soldat*, junto con un retrato de Wilhelmina. «¿Os sentís orgullosos de mí? —les preguntaba para sus adentros—. ¿Seré perdonado por lo que se me obliga a hacer?» Cuando cerraba la billetera, regresaba a sus deberes resuelto a vivir un día más, y otro, y otro.

Max dio un sorbo a su sopa y oyó unos pasos que se acercaban chapoteando por la trinchera embarrada.

—La Unidad de Desinfección —dijo Jakob, propinándole un codazo.

Max alzó la vista. Un *oberleutnant* con bigote se detuvo y empezó a dar instrucciones a dos soldados que lo seguían. Uno de ellos llevaba un anemómetro unido a un palo que mantenía muy levantado, mientras que el otro inspeccionaba un grupo de grandes cilindros metálicos parcialmente enterrados en el suelo de la trinchera. El oficial anotaba datos en un cuaderno. Su unidad pasaba cada cierto tiempo por aquella zona, pero la frecuencia de sus inspecciones había aumentado en los últimos días.

Max y sus camaradas dejaron de comer, y sus conversaciones intrascendentes quedaron en el aire.

Otto, un soldado corpulento de prominente mandíbula, llamó al oficial.

—¿Podemos ayudarle en algo, señor?

—*Nein* —respondió este con voz grave, adusta, sin dejar de garabatear en su cuaderno.

Otto bajó la cabeza.

Hacia unas semanas, un escuadrón especial conocido como la «Unidad de Desinfección» había instalado miles de cilindros de metal a lo largo de las trincheras. Salvo por la parte superior, quedaban totalmente enterrados en el suelo como zanahorias metálicas gigantes. Unas mangueras de goma, fijadas a las válvulas de los cilindros, corrían por encima de las trincheras. En el extremo de las mangueras había unas boquillas de plomo orientadas hacia las líneas enemigas. Aunque el manejo de aquellos cilindros era responsabilidad de la Unidad de Desinfección, Max había acudido en ayuda de uno de sus miembros al ver que tenía problemas para arrastrar un cilindro hasta uno de los huecos; pesaba casi cuarenta kilos, les llegaba a la altura de la cadera y parecía contener algún tipo de gas. Los rumores sobre aquellos cilindros habían empezado a propagarse por las trincheras, sobre todo después de que se comentara que a algunos oficiales privilegiados les habían proporcionado una especie de aparato para respirar como el que usaban los mineros. Pero a medida que pasaban los días, los soldados, que luchaban por mantenerse con vida, prestaban cada vez menos atención a aquellos tubos que parecían no servir de nada.

El oficial del bigote anotó otra lectura del anemómetro antes de alejarse por la trinchera, seguido de sus hombres.

—Se esfuerzan todo lo que pueden por mantener en secreto sus obligaciones —comentó Heinrich, un soldado muy flaco de Colonia al que le encantaba jugar a las cartas.

—Quizá los tubos contengan desinfectante contra los piojos —aventuró Jakob.

—No lo creo —intervino Max—. Las boquillas apuntan al enemigo, y además están midiendo la dirección y la velocidad del viento.

Jakob se encogió de hombros.

—Quién sabe si los franceses tienen aún más piojos que nosotros —dijo Otto, y sonrió.

Algunos hombres ahogaron unas risitas, pero la broma no pasó de ahí.

«Haya lo que haya dentro de esos tubos, no puede ser nada bueno.» Max revolvió la sopa con la cuchara, deseando que re-

gresaran las intensas lluvias primaverales y sepultaran los cilindros y todo el frente occidental bajo un río de lodo.

Jakob terminó de comer y se volvió hacia Max.

—¿Crees que los bombardeos habrán destruido la granja que visitamos durante nuestro permiso?

—No lo sé —respondió Max, sorprendido por la pregunta de su amigo.

—La próxima vez que nos den un día libre tenemos que volver, si es que sigue en pie.

—*Ja* —intervino Heinrich, agitando los dedos—. Max toca muy bien el piano.

Max sonrió.

Hacia tres semanas, a los miembros de la unidad de Max les habían concedido un permiso de veinticuatro horas. Heinrich, que había ganado varias botellas de *schnapps* jugando a las cartas en la trinchera con los de la unidad de al lado, sugirió que fueran a buscar un lugar discreto para beberse el producto de sus victorias. Se refugiaron en una granja abandonada, bombardeada en parte por la infantería aliada. La casa estaba vacía, salvo por un sofá roto y un piano de pared, que seguramente pesaba tanto que la familia no había podido llevárselo. Después de comerse una codorniz asada gracias a la puntería de Otto, los hombres le pidieron a Max que tocara el piano. Al posar las manos sobre las teclas de marfil resucitaron en él bellos recuerdos de sus padres, que siempre habían alentado su sueño de convertirse algún día en un pianista profesional. Empezó con dos de sus piezas favoritas, la sonata *Claro de luna* de Beethoven y la *Marcha turca* de Mozart. Sus amigos aplaudieron y le rogaron que tocara más. Como deseaba que sus camaradas también participasen, optó por marchas alemanas y músicas con letra, aunque no las tocaba casi nunca. Con la tripa llena y el corazón ligero, los hombres se congregaron en torno al piano. Bebían, se pasaban las botellas, deslizándolas por encima del instrumento. El aguardiente derramado hacía que sus teclas estuvieran cada vez más pringosas. Max tocaba. Los hombres cantaban. Y, por primera vez en muchos meses, sintieron alegría.

Otto se terminó la sopa y se secó los labios con la manga.

—Eres un pianista extraordinario.

—*Danke* —dijo Max, agradecido por el cumplido.

Otto le dio un codazo.

—Pero yo en tu lugar me centraría en las marchas. La gente pagaría por oír las.

Max asintió.

Los hombres retiraron sus latas y recogieron los rifles. Otto y Heinrich se dirigieron a un refugio, una cueva de protección labrada en un costado de la trinchera, mientras Max esperaba a Jakob, que se había arrodillado y pegaba la oreja a una porción seca del suelo.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Comprobar si vienen tuneladores —respondió Jakob.

A Max se le cayó el alma a los pies. Le vino a la mente la imagen de una colina ocupada por alemanes saltando por los aires en una fuente explosiva de tierra, hierro y cuerpos. Ahuyentó el recuerdo y dijo:

—No tienes por qué preocuparte.

—Seguramente los mil hombres que volaron en pedazos en la cresta pensaron lo mismo —soltó Jakob con voz algo temblorosa—. Si los zapadores británicos son capaces de abrir túneles en el punto más elevado del territorio alemán y de llenar una cámara subterránea de explosivos, está claro que también pueden llegar hasta nuestras posiciones.

«Durante meses, hemos temido que la muerte nos cayera del cielo —pensó Max—. Ahora nos preocupa que la ira ascienda desde los infiernos.»

Se acercó a Jakob y le ofreció la mano.

—No van a abrir túneles por debajo de nosotros.

—¿Cómo lo sabes?

—Les interesan los terrenos elevados. Nuestra posición se encuentra en una de las zonas más bajas de la línea.

—¿Estás seguro?

—Sí —mintió Max, con la esperanza de aplacar la angustia de su amigo.

Jakob se agarró a la mano de Max y se levantó. La tensión que fruncía sus cejas se suavizó un poco.

Max le dio una palmadita en el hombro.
—Ven conmigo. Voy a escribirle una carta a Wilhelmina. Tú tendrías que escribirle una a tu madre.

—De acuerdo —dijo Jakob.

Al llegar al refugio, se encontraron a Heinrich de pie junto a la puerta improvisada, hecha a partir de un pedazo viejo de lona. Varios soldados bajaron corriendo a la trinchera poniéndose los cascos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jakob.

Heinrich se quitó el casco y se pasó la mano por el pelo grisiento.

—Han dado órdenes a la infantería de lanzar un bombardeo de cuarenta y ocho horas.

Jakob se hundió de hombros.

—¿Cuándo?

—Esta noche —respondió Heinrich.

«El preludio de un ataque de infantería», pensó Max. Todos y cada uno de los soldados del frente sabían que los ataques por tierra seguían a los bombardeos sostenidos. En poco tiempo, unos oficiales les ordenarían a punta de pistola abandonar las trincheras y dirigirse corriendo al campo de batalla.

Ahogando sus temores, retiró la puerta de lona y le dedicó un gesto a Jakob.

—Las cartas.

Los hombres hablaron muy poco durante las siguientes horas. Echados en sus literas, descansaban, leían o escribían. A la llama parpadeante de una *hindenburglicht*, un cuenco plano lleno de una grasa parecida a la cera con una mecha corta en el centro, Max cogió papel y lápiz. A última hora de la tarde ya había terminado la carta a su prometida, y la metió en un sobre. Jakob, que parecía tener dificultades para concentrarse en cualquier cosa que no fuera la inminente batalla, hacía esfuerzos por garabatearle una nota a su madre. Con ganas de respirar algo de aire fresco antes de tener que pasarse cuarenta y ocho horas en una zanja atestada y forrada de planchas de madera, Max salió del refugio. El cielo estaba oscuro, salvo por la luna en cuarto creciente. El olor a tabaco quemado le impregnaba la nariz. Por

toda la trinchera, los cascos brillaban a la luz de la luna. Las brasas de los cigarrillos encendidos resplandecían y se apagaban como luciérnagas.

En el momento en que consultaba la hora en su reloj luminoso de pulsera, las armas de la artillería alemana dispararon. En cuestión de segundos, el estruendo de los cañones se fundió en un rugido feroz, indistinguible. Unas esferas rojas surcaban el cielo. Los cohetes franceses lanzaban balizas con paracaídas incorporados que descendían lentamente hasta la tierra. Aquellas balizas ardían durante un minuto y convertían la noche en día.

Una lluvia blanca y rojiza llenaba la atmósfera. Al poco tiempo, las armas de la artillería francesa empezaron a disparar. Por encima de Max, el aire se llenó de gritos y silbidos. La adrenalina le corría por las venas. Las explosiones que superaban las líneas alemanas hacían temblar el suelo bajo sus pies. El olor acre de la pólvora lo inundaba todo. El miedo se apoderó de él.

Entonces estalló una oleada de bombas aliadas, una tras otra, muy cerca, lo que le obligó a pegar el cuerpo todo lo posible contra el lateral de la trinchera. Al volverse con la intención de salir corriendo hacia el refugio, una explosión muy potente lo lanzó al suelo. Un pitido agudo atronaba en sus oídos. Cuando la niebla se retiró de su cabeza, de las inmediaciones del refugio le llegó una especie de siseo fortísimo, como de radiador de vapor reventado. Las toses y los alaridos le helaron la sangre. Un hedor a piña y a pimienta le impregnaba las fosas nasales y se las quemaba. Un destello, desde arriba, iluminó la trinchera y reveló un cilindro roto que desprendía un vaho verde amarillento.

—¡Jakob! —Max hacía esfuerzos por ponerse de pie—. ¡Heinrich! ¡Otto!

La niebla se condensaba y cubría la trinchera. Sus camaradas salían a rastras del refugio y quedaban engullidos por ese gas tan espeso.

Max avanzaba tambaleándose.

Jakob, jadeando, sin aire, cayó bocabajo, como si se hundiera en un mar verde. Heinrich y Otto se agitaban en el suelo. Les salía espuma por la boca.

Max se lanzó hacia delante para intentar ayudar a sus amigos. Aunque contenía la respiración y se cubría la nariz y la boca con el brazo, el gas le abrasaba los pulmones. Le ardían los ojos, como si se los hubieran rociado con ácido. Cerraba los párpados, pero las lágrimas brotaban de ellos. Cegado, a tientas, retrocedió. Los pulmones se le encogían y se le abrían, ávidos por expulsar el veneno y regenerar el cuerpo con oxígeno.

Incapaz de vencer al gas, trepó por la trinchera para salir de ella. Ahogándose, se agarraba frenéticamente a las piedras y la tierra. Tosía, se asfixiaba. Siguió ascendiendo en busca de aire fresco.